

Aportaciones de Dilexi te sobre el amor a los pobres en la Iglesia Contributions of Dilexi te regarding the love for the poor in the Church

Vicente Altaba Gargallo

Secretario del Cabildo de la Catedral de Teruel.

valtabagargallo@gmail.com

Resumen

En este artículo pretendo hacer una presentación de la exhortación apostólica *Dilexi te*, del papa León XIV, sobre el amor a los pobres en la vida y misión de la Iglesia. Lo hago partiendo de una pregunta que creo que nos hemos formulado todos tras la muerte de Francisco y la elección de su sucesor: ¿Seguirá León XIV las grandes líneas del magisterio social del papa Francisco?

Con esta pregunta de fondo nos acercaremos a la exhortación y haremos una presentación de sus contenidos exponiendo, con un objetivo pastoral, cómo en ellos están presentes las grandes claves teológicas, cristológicas y eclesiales del magisterio social de Francisco y señalando las aportaciones más relevantes que nos hace León XIV.

Para terminar con un epílogo en el que recogeré algunos de los retos que a lo largo de la exhortación nos presenta León XIV en el ejercicio de la caridad y formularé algunas preguntas que, aunque resulten incómodas, nos podemos y debemos hacer, especialmente los cristianos, de manera individual y comunitaria si, de verdad, queremos afrontar estos retos.

Concluiré con una frase que puede sintetizar el contenido de la exhortación ya apuntado en las palabras del título tomadas de las dirigidas por el Resucitado a la Iglesia de Filadelfia (cf. Ap 3,8-9): una Iglesia pobre, para los pobres y de los pobres que no pone límites al amor y lo hace visible en los sufrientes, en los más pobres y débiles de la tierra, es lo que el mundo de hoy necesita.

Palabras clave: Amor, pobres, pobreza, desarrollo, sacramento, revelación, Cristo, Iglesia.

Abstract

In this article I intend to present the apostolic exhortation *Dilexi te* of Pope Leo XIV on love for the poor in the life and mission of the Church. I do so by starting from a question that I believe we have all asked ourselves following the death of Francis and the election of his successor: Will Leo XIV continue along the main lines of Pope Francis's social magisterium?

With this question in mind, we will approach the exhortation and we will present its contents, setting forth, with a pastoral aim, how the major theological, Christological, and ecclesial keys of Francis's social magisterium are present within it, while also highlighting the most significant contributions made by Leo XIV.

I will conclude with an epilogue in which I gather some of the challenges that Leo XIV presents throughout the exhortation regarding the practice of charity, and I will formulate several questions which, although they may be uncomfortable, we can and must ask ourselves, especially as Christians, both individually and communally, if we truly wish to confront these challenges.

I will conclude with a sentence that synthesizes the content of the exhortation, already anticipated in the words of the title, taken from those addressed by the Risen One to the Church of Philadelphia (cf. Rev 3:8-9): a poor Church, for the poor and of the poor, which places no limits on love and makes it visible in those who suffer, in the poorest and weakest of the earth, is what the world today needs.

Keywords: Love, the poor, forms of poverty, development, sacrament, revelation, Christ, the Church.

Introducción

La pregunta que todos nos hemos hecho: ¿Continuará León XIV el magisterio social de Francisco?

Desde que falleció el papa Francisco y se anunció un nuevo conclave para elegir su sucesor una misma pregunta flotaba en los ámbitos seculares, en los eclesiásticos y los mismos círculos vaticanos. Desde distintas posiciones ideológicas y religiosas, con diferentes preocupaciones y expectativas, la pregunta que siempre aparecía era esta: ¿Será el nuevo papa continuador del mensaje y el compromiso social de Francisco? Y desde el mismo momento en que se anunció y apareció el elegido en el balcón de la logia vaticana todos los ojos y los oídos estuvieron atentos a descubrir en sus gestos y palabras elementos que nos dieran pistas para una adecuada respuesta.

Desde esta perspectiva fueron minuciosamente analizadas sus vestiduras: su muceta y estola, de los que había prescindido Francisco, que le daban una imagen más litúrgica, más serena, y la sotana blanca y los zapatos negros, en los que coincidía, datos estos que apuntaban una identidad propia en la continuidad. Y desde esta misma perspectiva fueron acogidas sus primeras palabras: palabras que expresaban continuidad en algunas preocupaciones y algunos acentos diferentes.

También el nombre elegido fue acogido y analizado desde estas mismas claves y una vez más se destacó el carácter social que apuntaba su nombre, León XIV, siguiendo la estela social de León XIII, aplicada a los nuevos problemas sociales de hoy, y apuntando diferencias con sus más inmediatos predecesores al no elegir ninguno de sus nombres.

Así, el año 2025 que hemos dejado atrás quedará marcado en la memoria de la Iglesia por la partida del papa Francisco, una partida que duele y deja un vacío real y profundo. Un papa cercano que nos regaló más gestos que palabras, más presencia que discursos, que anunció el Evangelio de la misericordia y quiso hacer de la Iglesia una Iglesia en salida y de puertas abiertas a todos, todos, todos.

Y quedará marcado ese año por la llegada del papa León XIV, un papa que apunta un lenguaje más sobrio, pero encarnado y evangélico, que pone a los pobres en el centro, que apuesta por una paz desarmada y desarmante, que

cree en una Iglesia sinodal y en una Iglesia pobre y para los pobres. Un papa sereno, que no busca complacencias sino ir a lo esencial y lanzar al mundo y a la Iglesia un grito ético y profético.

Un año marcado por dos papas que no son iguales en carácter, en estilo ni en forma de comunicar, pero que forman parte de un mismo proceso eclesial. Francisco, una voz más rompedora en palabras y gestos. León, una voz más serena pero que camina por los mismos senderos. Francisco, el papa que abrió ventanas y procesos y León, el papa al que le toca mantener abiertas las ventanas y consolidar muchos procesos abiertos.

Esta continuidad en las líneas maestras del magisterio social de Francisco las ha apuntado León XIV en muchos momentos de su pontificado. Baste recordar sus muchos mensajes en las celebraciones jubilaires, su primer mensaje al Cuerpo Diplomático y los temas del último Consistorio extraordinario celebrado en Roma los días 7 y 8 de enero de este año convocando a todos los cardenales, con los que quiso dar prioridad a la reflexión sobre la sinodalidad y la misión evangelizadora de la Iglesia a la luz de *Evangelii gaudium*, dos temas programáticos para Francisco.

La respuesta: un documento a cuatro manos

Pero donde ha explicitado con toda claridad esta continuidad ha sido en su primer gran documento magisterial, la exhortación apostólica *Dilexi te, sobre el amor hacia los pobres*, firmada el 4 de octubre de 2025 y publicada el 9 de ese mismo mes. Un texto de fácil lectura, denso y sencillo, a la vez que preciso y contundente en su mensaje sobre la centralidad del pobre en la Biblia y la vida de la Iglesia que despeja las dudas sobre hacia dónde camina este papa en el ámbito de la evangelización y de su dimensión social.

Estamos ante un documento que hunde sus raíces en el Evangelio, buena noticia para los pobres, en el magisterio social latinoamericano y en la revolución de la ternura de Francisco que deja claro que el amor a los pobres no tiene marcha atrás y que la Iglesia, para ser fiel a Cristo, será siempre la casa de los más débiles y pobres y el refugio de los descartados de la tierra.

Atendiendo a la formalidad y estructura de su contenido hay que señalar que no es un documento programático al estilo de lo que fue *Evangelii gaudium* para Francisco, pero sí es un documento en el que deja claro León XIV que

quiere seguir la reflexión iniciada por él, añadiendo algunas aportaciones propias, y que estructura en una breve introducción de tres números y cinco capítulos que analizaremos por separado, todo en el horizonte de un sugerente y motivador mensaje.

Con un mensaje del Resucitado: «Te he amado»

En la introducción, que incluye los tres primeros números, expone la razón de ser de su título, la motivación de la exhortación, su autoría compartida y el objetivo que se propone.

El Título, *Dilexi te (Te he amado)*, viene tomado de lo que dice el Señor a la comunidad de Filadelfia (Ap 3,9). Una comunidad frágil, débil, irrelevante y despreciada a la que Dios dice que ama y por la que apuesta para cambiar la situación social vigente, como canta María de los pobres en el Magnificat: «Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías» (Lc 1,52-53) (cf. n.1).

La motivación viene dada por la declaración de amor que Francisco ya había profundizado en su encíclica *Dilexit nos*, sobre el amor que Cristo nos tiene. Un amor entregado hasta el final que «nos muestra la dignidad de cada ser humano, sobre todo cuando es más débil, miserable y sufriente» y que «nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a la carencia de los demás» (n.2).

La autoría compartida con Francisco es afirmada también desde el principio por León XIV. Todo el texto es de ambos, como un texto escrito a cuatro manos. Así como Francisco escribió su primera encíclica, la *Lumen fidei*, partiendo de un texto inédito de Benedicto XVI, así esta exhortación está escrita partiendo de una que estaba preparando Francisco en los últimos meses de su vida y que León XIV hace suya de modo tal que es plenamente obra de los dos (cf.n.3).

El objetivo último también lo explicita León XIV: continuar la reflexión iniciada por Francisco sobre el amor divino y humano del corazón de Cristo para que todos los cristianos podamos percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres y a configurar-nos con él en el amor a los pobres (cf.n.3).

Con esto deja claro desde la introducción el fundamento cristológico que motiva y da sentido al amor hacia los pobres: que sintiéndonos amados y configurados con Jesús amemos a los pobres como él los ama y amemos a Cristo en los pobres.

Del corazón de Cristo hay que ir al corazón de los pobres, lo que significa que el pobre es sacramento de Cristo y no hay espiritualidad cristiana sin compromiso con los pobres ni compromiso firme con los pobres sin una sólida espiritualidad¹.

Nuestro amor y servicio a los pobres no nace simplemente de nuestra sensibilidad humana, de nuestro posicionamiento ideológico o nuestro compromiso político. Necesitamos capacidad de conmovernos ante el asaltado y tirado al borde del camino, como el Buen Samaritano del Evangelio, y necesitamos recurrir a mediaciones socioanalíticas y prácticopolíticas para brindarle la ayuda necesaria y eficaz, pero nuestro amor a los pobres tiene raíces más hondas. Nace de nuestra experiencia de sentirnos amados en Cristo y configurados con él en sus opciones más radicales y profundas.

Son esas las opciones que descubrimos en Cristo cuando en la sinagoga de Nazaret, desenrollando un texto del profeta Isaías lo leyó diciendo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres, a proclamar la libertad a los cautivos, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracias del Señor». Y añadió: «Esta Escritura que acabáis de oír se cumple hoy en mí» (Lc 4,18-21). Son esas mismas opciones las que descubrieron los discípulos de Juan cuando fueron a preguntarle a Jesús si era el Mesías esperado y les dijo: «Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres reciben la buena noticia» (Lc 7,22).

Algunas palabras indispensables

En el primer capítulo sale al paso León XIV de algunas palabras, gestos y conceptos sobre las realidades sociales y económicas cuyo significado es necesario clarificar en el amor y servicio a los pobres y comienza, a la vez, la

¹ cf. ALTABA GARGALLO V., La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social, Madrid, Cáritas, 2012,37-51.

presentación de algunas claves teológicas y pastorales desde las cuales debe comprenderse todo el documento.

Nos dice, en primer lugar, que ningún gesto de amor es pequeño: «Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la necesidad», como es el gesto de la mujer que derrama un valioso perfume en la cabeza de un Jesús humilde y sufriente (cf. Mt 26,8-11).

En segundo lugar, nos recuerda que cuando hablamos del amor a los pobres «no estamos en el horizonte de la beneficencia, sino de la revelación de Dios» (n.5), lo que significa que en el pobre Dios se nos revela, nos habla, sale a nuestro encuentro.

Y algo más muy importante: el amor al pobre es un modo fundamental de encuentro con Jesús. Un encuentro que moviliza y cambia la vida, como cambió la de Francisco el abrazo con el leproso y cambió la del Samaritano el encuentro con el tirado en el camino (cf.n.7) Como cambió a Moisés el encuentro con la revelación de un Dios sensible ante los sufrimientos del pueblo y comprometido en su liberación (cf.n.8). En el rostro sufriente de los pobres encontramos el sufrimiento del Dios que se conmueve ante el sufrimiento y la opresión de su pueblo. En el rostro sufriente de los pobres encontramos el mismo sufrimiento de Cristo (cf.n.9).

Por otra parte nos recuerda que hablar de los pobres es hablar de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza: la pobreza de recursos económicos, la pobreza de la marginación social, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la pobreza de la fragilidad personal o social, la pobreza de los que no tienen derechos ni espacios de libertad. Es necesario descubrir todo tipo de pobreza y abrir los ojos y el corazón a todas ellas y luchar contra las causas estructurales que las generan (cf.nn.9-12).

Por eso, más allá de los datos y rostros de los pobres y de la pobreza, es necesario descubrir los mecanismos económicos que la generan, esos mecanismos que son eficaces para el crecimiento económico pero no para promover un desarrollo humano integral y que generan inequidad y nuevas pobreza (cf.n.13), lo que nos tiene que hacer descubrir que «los pobres no están entre nosotros por casualidad, por un ciego y amargo destino» o «porque no hayan hecho méritos» para salir de pobreza (cf.n.14).

Los pobres, a su vez, nos advierten que no nos podemos dejar contagiar por ideologías o posicionamientos políticos y económicos que llevan a injustas generalizaciones, y a conclusiones engañosas que ridiculizan y desprecian el ejercicio de la caridad (cf.n.15).

Esto cambia el sentido y la motivación del amor y servicio a los pobres y nos hace descubrir aspectos y dimensiones importantes. Concretamente hemos de descubrir:

- que los pobres son lugar teológico,
- que también la realidad social y económica es lugar teológico,
- que la diversidad de rostros de la pobreza es lugar teológico,
- como la globalización de la indiferencia también es lugar teológico.

En todo ello Dios se revela, nos habla y nos mueve a comprometernos en el amor y servicio a los pobres. Lo cual requiere, antes de pensar en programas y estrategias pastorales, una conversión de la mirada y del corazón a los pobres y a la realidad social y teológica de los pobres sin la cual cualquier compromiso posterior corre el riesgo de edificar sobre un falso o movedizo fundamento.

Dios opta por los pobres

En el segundo capítulo, tras esta primera mirada a la realidad de los pobres y de las pobreza, aborda directa y abiertamente una cuestión de calado largamente disputada en la teología y en el magisterio de la Iglesia, especialmente en los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, en relación con el magisterio social latinoamericano de *Medellín y Puebla*² y en relación con

² Medellín y Puebla son dos grandes documentos posconciliares del CELAM (Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño) en la década de los años 60 y 70: el “Documento de Medellín”(Colombia) en el año 1968, que marcó un hito fundamental enfocado en la promoción humana, la justicia y la evangelización desde la realidad de los pobres, y el “Documento de Puebla”(México), en 1978, que marcó un hito teológico pastoral en su enfoque de la evangelización desde “la opción preferencial por los pobres”. A ellos podemos añadir la referencia al “Documento de Aparecida”, otro gran documento del CELAM del año 2007,

la Teología de la Liberación y los teólogos más representativos de la misma, como Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino. A ellos podemos añadir algunos pastores relevantes, como San Óscar A. Romero, de El Salvador, o el Beato Eduardo F. Pironio, de Argentina y Pedro Casaldáliga en Brasil³.

La cuestión debatida es una cuestión de fondo: ¿La opción por los pobres es una categoría teológica o simplemente una categoría sociológica, política o filosófica? Cuestión a la que dio respuesta clara y contundente Francisco en *Evangelii gaudium* diciendo: «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia” [...]. Por eso quiero una Iglesia pobre y para los pobres» (n.198).

León XIV sigue insistiendo en este planteamiento afirmando que esta opción nace del Dios en el que creemos y de la naturaleza de la Iglesia a la que pertenecemos⁴, es decir, tiene un fundamento cristológico y eclesiológico. No nace de una opción ética de la Iglesia, de una opinión teológica ni es una estrategia pastoral. Es una consecuencia directa del Dios amor en el que creemos, manifestado en Cristo y en su Iglesia.

El fundamento está en Dios y en su proyecto salvador en la historia. Dios es amor misericordioso y su proyecto de amor se realiza en la historia, en su encarnación, asumiendo nuestra naturaleza humana en toda su pequeñez, fragilidad y pobreza. Dios «se dirigió a sus criaturas, haciéndose cargo de

en Brasil, que marcó líneas para la evangelización y la renovación misionera de la Iglesia que recogerá y profundizará el papa Francisco, quien participó en su elaboración, con sus claves pastorales de cercanía a las periferias, comunión, participación y misión.

³ Todos ellos asumen la opción preferencial por los pobres como punto de partida de su reflexión teológica y pastoral al servicio de la liberación del pueblo y de los pobres. Sus obras, muy conocidas, pueden encontrarse fácilmente en cualquier búsqueda bibliográfica, por lo que simplemente cito algunas: ROMERO O., *Salvar al pueblo*, Madrid, 2015; PIRONIO E., *Escritos pastorales*, Madrid, 1973; CASALDALIGA P., *Yo creo en la justicia y en la esperanza*. El credo que ha dado sentido a mi vida, Bilbao, 1976; GUTIERREZ G., *Teología de la liberación*, Salamanca, 1972; BOFF L., *El rostro materno de Dios*, Madrid, 1980; ELLACURIA I., *Nuevo diccionario de espiritualidad*, Madrid, 2012; SOBRINO J., *Jesucristo liberador*, Madrid, 2020.

⁴ cf. ALTABA GARGALLO V., *La dimensión social de la evangelización en “Evangelii gaudium”*, Madrid, Cáritas, 2014, 38-39.

su condición humana y, por tanto, de su pobreza [...] Se comprende bien, entonces, por qué se puede hablar también teológicamente de una opción preferencial por los pobres» (n. 16).

Una opción que no debe entenderse de manera exclusiva y excluyente. Lo matiza claramente León XIV: esta “preferencia” a los pobres no indica nunca un exclusivismo o una discriminación hacia otros grupos. Dios se inclina hacia los pobres porque en ellos la fragilidad humana se manifiesta de forma más evidente, y porque «queriendo inaugurar un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa principalmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles» (n.16).

A continuación hace un amplio recorrido por las numerosas páginas de la Sagrada Escritura en las que Dios es presentado «como amigo y liberador de los pobres»: algunos salmos y profetas del Antiguo Testamento (cf.n.17), hasta la plena realización de este amor en la encarnación de Jesús (cf.n.18), su presentación como «Mesías pobre, de los pobres y para los pobres» (n. 19), su identificación social con los pobres (cf.n.20) y su ministerio público dedicado, en obras y palabras, en favor de los más pobres (cf.nn.21-23).

A partir de aquí, dedica una gran parte de este capítulo a la misericordia hacia los pobres en la Biblia recogiendo textos que de forma clara afirman la unidad inseparable entre el amor a Dios y el amor al prójimo, «dos amores distintos pero inseparables», recordando que «la fe sin obras está muerta», recomendando «las obras de misericordia como signo de la autenticidad del culto», apelando a «la bienaventuranza de los misericordiosos en el juicio final», y a la «necesidad de compartir los bienes», como hacía la primera comunidad cristiana (nn.24-33).

Y ante un mensaje tan claro y reiterado sobre el amor a los pobres como encontramos en toda la Escritura, sobre todo en Jesús, Nos hace dos advertencias:

1. «Lo que dice la Palabra revelada es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido [...] ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el

contacto con la realidad que pretender explicar, y no para alejarnos de ella» (n.31).

2. «Cuando Pablo fue a Jerusalén a consultar a los apóstoles para asegurarse de “que no había corrido en vano” (Ga 2,2), le pidieron que no se olvidase de los pobres (cf. Ga 2.10)» (n.33). La recomendación que también el cardenal Hume hizo al cardenal Bergoglio cuando fue elegido papa.

En resumen, Dios opta por los pobres porque en ellos se manifiesta de modo privilegiado su amor misericordioso, y la Iglesia sólo es fiel a su Señor cuando asume esta misma opción de manera clara y comprometida. De ahí la reflexión sobre la Iglesia que nos ofrece a continuación.

Una Iglesia para los pobres

Comienza este capítulo tercero recordando cómo su predecesor, Francisco, tres días después de su elección manifestó a los medios de comunicación su deseo de que la Iglesia «mostrara más claramente su cuidado y atención a los pobres» (n. 35). Y esto es lo que se propone en este capítulo, mostrar lo importante que ha sido el cuidado y atención a los pobres en la vida de la Iglesia, proponiendo como dice en nota a pie de página «algunos de estos ejemplos de santidad, que no pretenden ser exhaustivos, sino indicativos del cuidado de los pobres que siempre ha caracterizado la presencia de la Iglesia en el mundo» (cf. nota n.22).

Hecha esta interesante precisión, necesaria para no pedirle más de lo que pretende, pues no faltan quienes le reprochan que se haya olvidado del santo o santa de su devoción, y recordando que la Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador y por eso «se esfuerza en remediar sus males y procura servir en ellos a Cristo» (n. 36), pasa a presentarnos algunos testimonios de este amor a los pobres a lo largo de los casi dos mil años de historia del cristianismo.

Ya los primeros cristianos tienen clara conciencia de la necesidad de atender a los pobres y ante las primeras quejas que surgen en la comunidad los apóstoles organizan este servicio a las viudas y a las mesas eligiendo a siete hombres e instituyéndolos para este servicio (cf. Hch 6,1-5). Uno de ellos, Esteban, será el primer cristiano en dar testimonio de su fe en el martirio

(cf.n.37). Dos siglos después, otro diácono, Lorenzo, cuando las autoridades romanas le pidieron que entregara los tesoros de la Iglesia, les mostró a los pobres diciendo: «estos son los tesoros de la Iglesia» (n. 38).

Los Padres de la Iglesia promovieron el servicio a los pobres y reconocieron en este servicio un modo especial de encontrar y amar a Dios como una expresión concreta de la fe pues ellos son parte esencial del cuerpo de Cristo. Así lo reconocieron San Ignacio de Antioquía, San Policarpo de Esmirna y San Justino, todos testigos de que ni la fe ni el culto a Dios se puede separar de la atención a los pobres (cf.nn.39-40).

Atención especial entre los Padres orientales da a san Juan Crisóstomo, a quien considera «quizá el predicador más ardiente de la justicia social» para el que la caridad no es una vía opcional sino «condición para la salvación» y «criterio del verdadero culto» (nn.41-42).

Destaca a san Agustín, discípulo espiritual de San Ambrosio de Milán, quien insistía en la exigencia de compartir los bienes, «porque lo que das al pobre no es tuyo, es suyo», en la denuncia de las estructuras de acumulación de bienes y afirmó que el pobre no es sólo alguien a quien se ayuda, sino la presencia sacramental del Señor, y que el cuidado de los pobres es una prueba de la sinceridad de la fe y un camino de conversión y de purificación del corazón (cf.nn.39-47).

Recuerda que la tradición cristiana de visitar a los enfermos, cuidar de ellos, lavar sus heridas, consolar a los afligidos no se reduce a una mera obra de filantropía, pues en ella los miembros de la Iglesia «tocan la carne sufriente de Cristo» (n.49).

En este servicio destaca a san Juan de Dios, fundador de la Orden Hospitalaria que lleva su nombre, a san Camilo de Lelis, fundador de la Orden de los Ministros de los Enfermos –los camilos-, las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paul, las Hermanas Hospitalarias, las Pequeñas Siervas de la Providencia Divina y tantas otras Congregaciones femeninas que se convirtieron en una presencia maternal y discreta en hospitales, asilos, residencias de enfermos, centros de acogida a toxicómanos, puestos de salud en periferias y hospitales de campaña en zonas de guerras. Todas con el espíritu de amar al Señor allí donde Él está sufriendo (cf.nn.49-52).

También la misma vida monástica fue desde sus inicios un testimonio de solidaridad, pues los monjes lo dejaban todo para encontrar en ese despojo

radical al Cristo pobre. Para san Basilio Magno la hospitalidad y el cuidado de los necesitados era parte integrante de la espiritualidad doméstica (crf.n.42). Incluso construyó para ellos alojamientos escuelas y hospitales demostrando así que para estar cerca de Dios hay que estar cerca de los pobres (cf. nn.53-54).

En occidente, San Benito elaboró una Regla en la que la acogida de los pobres y los peregrinos ocupa un lugar de honor porque «en ellos se recibe a Cristo». Así «los monasterios benedictinos fueron durante siglos lugares de refugio para viudas, niños abandonados, peregrinos y mendigos» (n.55), como una forma de compartir y vivir una economía solidaria. Además de la asistencia material los monasterio desempeñaron un papel fundamental en la formación cultural y espiritual de los humildes contribuyendo así a transmitir sabiduría y una pedagogía cristiana de la inclusión (cf.n.57).

San Bernardo de Claraval, reformador de la Orden del Cister, recomendó a sus monjes una vida sobria y moderada y solicitud con los pobres demostrando así que la contemplación no excluye la compasión y la misericordia sino que la exigen (cf.n.58).

La liberación de los cautivos ha sido también para la Iglesia un signo del Reino de Dios y de la acción liberadora de Jesús (cf. Lc 4,18), y entre finales del siglo XII y principios del XIII surgieron dos Órdenes religiosas dedicadas a la redención de presos y cautivos: la Orden de la Santísima Trinidad, Redención de cautivos (los trinitarios) fundada por san Juan de Mata y san Félix de Valois y la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced (mercedarios) fundada por san Pedro Nolasco. El espíritu de estas Órdenes inspiró después nuevas formas de acción frente a las esclavitudes modernas: trata de personas, el trabajo forzoso, la explotación sexual, las distintas adicciones (cf.n.61).

En el siglo XIII, ante el crecimiento de las ciudades, surgieron las Órdenes mendicantes. «Estas Órdenes, como los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los carmelitas. Unas Órdenes que además de servir a los pobres quisieron ser pobres imitando a Cristo pobre. Así san Francisco de Asís, santa Clara de Asís, santo Domingo de Guzmán (cf.nn.62-67).

La educación ha sido otra de las expresiones más altas de la caridad cristiana. Esta misión tomó forma en la fundación de muchas Congregaciones dedicadas a la educación popular. Entre ellas, en el siglo XVI, la Orden de Clérigos

Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías (los escolapios) fundada por San José de Calasanz. En el siglo XVII los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundados por san Juan Bautista de la Salle. En el siglo XIX los Hermanos Maristas de las Escuelas, fundados por san Marcelino Champagnat y la obra salesiana fundada por san Juan Bosco (cf.nn.68-70).

Muchas Congregaciones femeninas fueron también protagonistas de esta revolución pedagógica y cultural al servicio de la educación los pobres: las Ursulinas, las Maestras Pías y otras muchas fundadas especialmente en los siglos XVIII y XIX (cf.nn.71-72).

En el siglo XIX la Iglesia descubrirá la necesidad de acompañar a los migrantes y san Juan Bautista Scalabrini y santa Francisca Javier Cabrini se dedicarán a ofrecerles asistencia espiritual, jurídica y material. Un servicio que acogerá después Cáritas Internacional y otras instituciones con la tarea marcada por Francisco de acoger, proteger, promover e integrar (cf.nn.73-75).

Y no han faltado en los tiempos modernos santas y santos que han sabido estar al lado de los últimos haciéndose pobres entre los pobres, como santa Teresa de Calcuta, fundadora de las Misioneras de la caridad, que dedicó su vida a los moribundos abandonados en las calles de la India, santa Dulce de los Pobres, en Brasil, acogiendo a los abandonados en las periferias, san Benito Menni y las Hermanas Hospitalarias, dedicadas a las personas con discapacidades, y muchos otros que han sabido en los más remotos lugares servir a los pobres y encontrar a Dios en ellos (cf.nn.76-79).

Termina León XIV este largo recorrido histórico reconociendo el testimonio de los líderes de los Movimientos populares, «muchas veces bajo sospecha e incluso perseguidos» (n.80) que han sabido «luchar con los pobres» y «contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales» (n.81).

Algunos han calificado este recorrido histórico de muy selectivo y optimista. De cualquier modo, aunque haya sombras en nuestra historia, también es elocuente hacer memoria del rico testimonio del servicio de la Iglesia a los pobres a lo largo de la historia. Un servicio que es de toda la Iglesia, en todas las épocas de la historia y de todos en la Iglesia.

Y esto no simplemente como fruto de una sensibilidad y un deseo personal, sino como explicitación de una conciencia eclesial profunda: «La Iglesia

reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (n.36).

Una historia que continúa

Esta opción por los pobres no sólo aparece en los textos bíblicos y patrísticos de la Iglesia, sino que atraviesa los grandes cambios sociales, económicos y culturales de los últimos siglos. El título del capítulo es ya una afirmación programática: la historia de amor de la Iglesia hacia los pobres no está cerrada ni concluida, sino que continúa y exige hoy nuevas formas de discernimiento, conversión y compromiso.

Afirma con claridad León XIV que la Doctrina Social de la Iglesia hunde sus raíces en esta experiencia histórica concreta: «sería inimaginable su relectura de la revelación cristiana [...] sin los laicos cristianos lidiando con los desafíos de su tiempo» (n. 82). Con ello reconoce que los pobres no son meros destinatarios pasivos de la reflexión eclesial, sino sujetos que han contribuido activamente a la toma de conciencia social y moral de la Iglesia.

A partir de aquí, este capítulo nos ofrece una síntesis del magisterio social de los últimos ciento cincuenta años. La encíclica *Rerum novarum* de León XIII es presentada como un punto de inflexión, al denunciar la situación «intolerable de muchos obreros de la industria» (n. 83) y al proponer un orden social más justo. Este impulso se amplía con *Mater et Magistra*, en la que san Juan XXIII introduce una visión de justicia de alcance mundial, recordando que los países ricos no pueden permanecer indiferentes ante el hambre y la miseria de los pueblos pobres.

Un punto significativo es la referencia al Concilio Vaticano II. Aunque el tema de los pobres no ocupaba un lugar central en los documentos preparatorios, san Juan XXIII reorientó la conciencia eclesial con una afirmación decisiva: «la Iglesia se presenta [...] como la Iglesia de los pobres» (n. 84). Y recoge León XIV las palabras del cardenal Lercaro, quien llegó a afirmar que «el misterio de Cristo en la Iglesia es [...] el misterio de Cristo en los pobres» (n. 84). Esta afirmación, de gran densidad teológica, revela que la cuestión de los pobres no es un tema entre otros, sino una clave hermenéutica para comprender la identidad de la misma Iglesia.

El capítulo subraya también la enseñanza conciliar sobre el destino universal de los bienes. La constitución conciliar *Gaudium et spes* recuerda que «los bienes creados deben llegar a todos» y que la propiedad privada posee una «índole social» que no puede ser ignorada sin generar «graves desórdenes» (n. 86). Esta doctrina será retomada y profundizada por san Pablo VI en *Populorum progressio*, donde se afirma que nadie puede reservarse en uso exclusivo lo que supera sus necesidades mientras otros carecen de lo indispensable (cf.n. 86). Aquí se consolida una visión estructural de la pobreza y de la lucha contra ella: no basta la buena voluntad individual si no se transforman las estructuras que generan exclusión y pobreza.

Sigue la referencia al magisterio de san Juan Pablo II, quien reafirma que la opción por los pobres es una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana» y destaca, a su vez, en la encíclica *Laborem exercens*, (n.87) la dimensión activa del trabajo como clave de la cuestión social. El pobre no es sólo alguien a quien asistir, sino un sujeto llamado a participar en la transformación social. Así se supera cualquier forma de paternalismo y de actitud asistencialista.

Benedicto XVI es citado para mostrar cómo la caridad debe traducirse en compromiso por el bien común y en la construcción de estructuras justas. En *Caritas in veritate* se afirma que el hambre no depende sólo de la escasez material, sino de la «insuficiencia de recursos sociales», especialmente de tipo institucional (cf.n.88). Esta observación enlaza directamente con una de las preocupaciones centrales del capítulo: la denuncia de las estructuras que producen pobreza.

A este tema dedica un amplio espacio a la luz del discernimiento del episcopado latinoamericano, particularmente en *Medellín* y *Puebla*. Allí se reconoce explícitamente la existencia de estructuras de injusticia calificadas como pecado social (cf.n.90). La pobreza deja de ser interpretada como una fatalidad inevitable y es entendida como el resultado de decisiones políticas, económicas y culturales concretas. Por eso, afirma con fuerza que es necesario «resolver las causas estructurales de la pobreza» (n. 91), denunciando la “dictadura de una economía que mata” y la «nueva tiranía invisible» del mercado absolutizado (n. 92).

Introduce también una crítica a la alienación social que normaliza la exclusión. Se vuelve “racional” ignorar a los pobres, aceptar sacrificios impuestos

siempre a los mismos y confiar en promesas abstractas que nunca se cumplen. Frente a esta lógica, el papa recuerda que la dignidad humana debe ser respetada ahora, no mañana, y que la pobreza extrema no es un problema técnico, sino una herida moral que interpela la conciencia de la humanidad y de la Iglesia (cf.n.92).

Un dato importante es la afirmación de que los pobres deben ser reconocidos como sujetos en la acción caritativa y social y la Conferencia de *Aparecida* es citada para recordar que la opción preferencial por los pobres «está implícita en la fe cristológica» (cf.n.99) y que las comunidades marginadas poseen una sabiduría propia. No se trata sólo de “hacer algo por ellos”, sino de escucharlos, aprender de su experiencia y reconocerlos como protagonistas de la evangelización. El texto es especialmente claro al afirmar que «los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral» (n.100).

Esta perspectiva conduce a una llamada a dejarse evangelizar por los pobres. Su modo de vivir, de resistir, de confiar en Dios en medio de la precariedad, constituye una fuente de sabiduría espiritual para quienes no han experimentado esa fragilidad extrema. Así afirma que «todos tenemos mucho que recibir de esa fuente de sabiduría que constituye la experiencia de los pobres» (n. 102), con lo cual la relación con los pobres deja de ser unilateral y se convierte en un verdadero intercambio evangélico.

Este largo capítulo es una clara exposición de que la opción por los pobres no es una herencia del pasado, sino un hilo continuo que atraviesa la historia reciente de la Iglesia, así como no puede considerarse una opción ideológica, sino una tarea abierta, urgente y exigente que interpela a la Iglesia a leer la historia desde los márgenes y a comprometerse activamente en la transformación de las estructuras injustas.

La historia continúa, y con ella la responsabilidad de hacer visible, aquí y ahora, el Reino de Dios entre los pobres.

Un desafío permanente

Después de presentar el fundamento bíblico, cristológico y eclesiológico que ha movido a los cristianos a servir a los pobres en esta bimilenaria historia y de recordar que el cuidado de los pobres forma parte de la gran Tradición de

la Iglesia que ha iluminado los corazones y los pasos de los pobres y de los cristianos de todos los tiempos, una vez más nos invita a sumergirnos «en ese río de luz y de vida que proviene del reconocimiento de Cristo en el rostro de los necesitados y los que sufren». Ahí está la fuente de nuestro servicio a los pobres y lo que nos diferencia «tanto en las motivaciones, como en el estilo, de las actividades de cualquier otra organización humanitaria» (103).

Nos advierte, en consecuencia, que el cristiano no puede considerar a los pobres simplemente como un problema social y que nuestra relación con ellos no se puede reducir a una actividad o a una oficina de Iglesia. Ellos son la garantía de una Iglesia fiel y, como enseña la Conferencia de Aparecida, su servicio nos piden cosas muy concretas: «dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida y buscando desde ellos la transformación de su situación» (n.104). Hermoso texto para revisar a su luz nuestros programas y compromisos.

Frente a la cultura dominante en los inicios de este milenio que invita a abandonar a los pobres a su propio destino nos exhorta, como hizo Francisco en *Fratelli tutti*, a reflexionar sobre la parábola del buen samaritano y a preguntarnos con quién de aquellos que aparecen a su lado nos identificamos, pues esta escena se repite hoy, en nuestros días. ¿Soy de los que ven en él un problema, un estorbo o una basura que ensucia o reconozco en él un ser humano, un hijo de Dios y un hermano? (cf.nn.105.106).

La pregunta es urgente, porque en los que pasaron de largo podemos darnos cuenta de un grave problema de nuestras sociedades y de nuestras comunidades cristiana con síntomas de una sociedad enferma porque busca construirse de espaldas al dolor. Sin embargo, «las últimas palabras de la parábola –“Ve, y procede tú de la misma manera”- son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón» (n.107).

Este es un desafío ineludible para la Iglesia hoy, como lo fue en su momento para la Iglesia de Roma, pues «no pocas veces la riqueza nos vuelve ciegos hasta el punto de pensar que nuestra felicidad sólo puede realizarse si logramos prescindir de los demás» (n.108).

Sin embargo, hemos de reconocer que los pobres son quienes nos evangelizan pues nos colocan frente a la realidad de nuestra vulnerabilidad, de nuestra

precariedad y vacío, como sucedió al rico del evangelio que fue al infierno por su arrogancia y no tener entrañas de caridad (cf.n.109). Ellos nos conducen a lo esencial de nuestra fe, que es el misterio de la encarnación. Ellos son carne de Cristo, carne que tiene hambre, que tiene sed, que está enferma, encarcelada (cf.n.110).

Y porque los pobres para los cristianos no son una mera realidad sociológica, sino la misma carne de Cristo, nos llama León XIV a poner a los pobres en el centro de la Iglesia y en el corazón de cada fiel (cf.n.111) y llama la atención sobre algunos movimientos y grupos cristianos ausentes del compromiso por el bien común y ajenos a la defensa y promoción de los más débiles y desfavorecidos, ante los que es necesario recordar «que la religión, especialmente la cristiana, no puede limitarse al ámbito privado» (n.112). Es más, una comunidad cristiana que pretenda subsistir sin ocuparse activa y creativamente de los pobres «correrá el riesgo de la disolución aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos» (n.113).

Llama también la atención sobre una reducción del servicio a los pobres a la asistencia y al compromiso por la justicia afirmando con rotundidad, como ya había hecho Francisco, que «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» y que «la opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria». Una atención religiosa, matiza, que no se reduzca a «rezar y enseñar la verdadera doctrina» ni se justifique con criterios pseudocientíficos o con opciones de pastoral de élites desvinculando lo religioso de una promoción integral (cf.n.114).

Pasa después a reivindicar el valor de la limosna, tantas veces denostada y otras tantas demandada, como gesto personal insustituible en ciertas circunstancias y nos da algunas afirmaciones muy clarificadoras: Es verdad que la ayuda más importante que se puede dar a una persona pobre es promoverla dándole un trabajo que le permita vivir con dignidad, pero si eso no es posible no podemos dejar a una persona abandonada a su suerte sin lo indispensable para vivir. Por tanto, la limosna sigue siendo un momento necesario de contacto, de encuentro y de identificación con la situación de los demás (cf.n.115). Por otra parte, la limosna no exime de sus responsabilidades a las autoridades competentes, ni elimina el compromiso organizado de las instituciones, ni sustituye el trabajo por la justicia. Sin embargo, invita al menos a detenerse y a mirar al pobre a la cara, a tocarle y compartir con

él algo de lo suyo (cf.n.116). Por esta razón, nos pide que «no renunciemos a la limosna» porque mientras buscamos la solución a la pobreza practicar la limosna es «tocar la carne sufriente de los pobres» (n.119). Y concluye haciendo memoria de que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia nos recuerdan el deber de la limosna.

Hace una llamada al amor sin límites capaz de superar todas las barreras y afirmando que «una Iglesia que no pone límites al amor [...] es la Iglesia que el mundo necesita hoy» (n. 120) para concluir retomando la frase del Apocalipsis que da título a la exhortación: «Yo te he amado» (n.121).

De este modo, el papa cierra la exhortación recordando que cada gesto de amor hacia los pobres es, en última instancia, una participación en el amor primero del Cristo de la Pascua que sigue pronunciando hoy esas palabras en el corazón de los sufrientes, de los más débiles y pobres.

Epílogo

Tras la presentación realizada en esta visión global y diacrónica de las aportaciones fundamentales que nos hace León XIV en la exhortación apostólica *Dilexi te*, sobre el amor hacia los pobres, a modo de corolario final me permito presentar algunos de los retos de fondo que creo que nos propone el papa y que tendríamos que afrontar en nuestro servicio de la caridad.

Los voy a formular con palabras de la misma exhortación acompañadas después de algunas preguntas que nos podemos hacer y nos puedan ayudar a afrontarlos, aunque algunas de estas preguntas nos puedan resultar incómodas.

Todo con el único objetivo de contrastar y revisar cómo podemos afrontar estos retos hoy en nuestro amor y servicio a los pobres en los ámbitos en los que nos movemos y trabajamos: nuestra cáritas, nuestra parroquia, nuestra unidad pastoral, nuestro arciprestazgo, nuestro movimiento o asociación, nuestra congregación, nuestra institución social, cultural educativa..., o nuestro amor y servicio personal a los pobres en la Iglesia y en la sociedad⁵.

⁵ Hace unos años hice con otros compañeros de Cáritas Española el esfuerzo de formular en un libro algunos retos que a mi entender se nos planteaban en ese momento. No lo digo para repetirlos miméticamente sino como simple referencia por si puede servir de ayuda en algún

Algunos de los retos que se nos proponen:

- En los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, por eso amar a Cristo es amar a los pobres y amar a los pobres es amar a Cristo (cf.nn.3.5.41.79).
- Amar a los pobres es poner a los pobres en el centro de la vida y atención pastoral de la Iglesia (cf.n.89).
- Amar a los pobres no es beneficencia, es llevar sobre todo ternura y promover su desarrollo (cf.nn.51.100).
- Amar a los pobres es descubrir y afrontar los múltiples rostros de la pobreza (cf.n.9).
- Amar a los pobres no es tarea asistencial, es hacer que se sientan acogidos y amados en la Iglesia (cf.nn.32.57.74).
- Necesitamos evangelizar a los pobres y dejarnos evangelizar por los pobres (cf.nn. 74,76,102,104).
- Amar a los pobres es atacar las causas estructurales de la pobreza (cf. nn.81.90.91).
- El amor a los pobres demanda ser una Iglesia pobre, para los pobres y de los pobres (cf.nn.84.110.113).
- Practicar la limosna no es la solución estructural a la pobreza, pero nos permite tocar la carne sufriente de los pobres (cf.n.119).
- El amor a los pobres es tarea de toda la Iglesia y de todos en la Iglesia (cf.nn.111.112).
- El amor a los pobres requiere una sólida espiritualidad (cf.n.77).

momento. cf. Vicente ALTABA. Paco CRISTOBAL y Kiko LORENZO, Retos que se nos plantean en la acción caritativa y social, Madrid, Cáritas, 2017.

Algunas preguntas necesarias, aunque resulten incómodas

- ¿Percibo que los pobres y la realidad social son lugar teológico en los que Dios se me revela, sale a mi encuentro y me habla? ¿Atiendo esta revelación de Dios en los pobres y sufrientes?
- ¿Qué lugar ocupan los pobres en mi vida? ¿Están en el centro de mi atención y dedicación?
- ¿A qué y a quiénes dedico más tiempo y recursos en la parroquia, al servicio del culto, al servicio de la palabra o al servicio de la caridad?
- ¿Tenemos organizado el servicio de la caridad en la comunidad?
- ¿Tenemos Cáritas en la parroquia o en la unidad pastoral?
- ¿Tenemos servicios de acogida y acompañamiento a los inmigrantes?
- ¿Los pobres vienen a Cáritas porque se les da ayuda material o porque se sienten acogidos y acompañados por la Iglesia?
- ¿Los inmigrantes que acuden a Cáritas, se sienten acogidos, acompañados e integrados en la Iglesia?
- ¿Tenemos estructuras actualizadas o tenemos estructuras desfasadas en nuestro servicio a los pobres?
- ¿Pensamos la solidaridad en clave de comunidad y defensa de derechos?
- ¿Promovemos una caridad transformadora de las personas y de las estructuras?
- ¿Cuidamos y acompañamos a los agentes de la caridad en la comunidad?
- ¿Qué cambios tendría que realizar en mi comunidad para hacer de ella una Iglesia pobre, para los pobres y de los pobres?

Conclusión

Es la hora de los pobres en el corazón de la Iglesia.

La hora de poner a los pobres en el centro
y de ser una Iglesia pobre, para los pobres y de los pobres.

Una Iglesia que no pone límites y hace visible el amor
a los sufrientes, a los más débiles y pobres
es la Iglesia que el mundo necesita hoy.

Bibliografía

(Sin incluir los documentos del Concilio Vaticano II, del Magisterio Pontificio y del CELAM citados en la misma *Dilexi te*)

ALTABA GARGALLO V., La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social, Madrid, 2012.; La dimensión social de la evangelización en “*Evangelii gaudium*”, Madrid, 2014.

BOFF L., Desde el lugar del pobre, Madrid, 1989.

CASALDALIGA P., Yo creo en la justicia y en la esperanza. El credo que ha dado sentido a mi vida, Bilbao, 1976.

GUTIERREZ G., Teología de la liberación, Salamanca, 1972.

PIRONIO E., Escritos pastorales, Madrid, 1973.

ROMERO O., Salvar al pueblo, Madrid, 2015.

ELLACURIA I., Nuevo diccionario de espiritualidad, Madrid, 2012.

SOBRINO J., Jesucristo liberador, Madrid, 2020.

Vicente ALTABA. Paco CRISTOBAL y Kiko LORENZO, Retos que se nos plantean en la acción caritativa y social, Madrid, 2017.